

26 - La guerra de una joven entre las estrellas [Youjo Senki / Star Wars]

- [26 - La guerra de una joven entre las estrellas \[Youjo Senki / Star Wars\]](#)

26 - La guerra de una joven entre las estrellas [Youjo Senki / Star Wars]

La guerra de una joven entre las estrellas

26

40 BBY / 960 GSC.

—Son bastantes droides — reflexionó Jango, observando el ejército desplegado ante nosotros, listo para defender el hogar de Ramil. O al menos, el hogar de alguien que colaboraba con Ramil, quien lo había confiscado tras su fallecimiento en circunstancias misteriosas.

—Conto algo más de cinco mil — asentí con la cabeza. Estaban divididos en formaciones fáciles de contar, batallones de mil unidades cada uno, subdivididos además en compañías de doscientos, alineadas en bloques rectangulares y cuadrados ordenados con pulcritud. —¿Estamos preparados?

Master Dyas me lanzó una mirada y una sonrisa desde un costado. Transmitiendo una mezcla de diversión y algo de exasperación, preguntó: —Supongo que no tiene sentido preguntarte si estás seguro de querer avanzar, ¿verdad?

—Estoy decidido.

—Entonces, me encargaré de que los rebeldes hagan tanto ruido que no puedan mirar hacia arriba — se rió el Jedi, alejándose de la cornisa donde descansábamos y bajando por la otra cara de la montaña, hacia el ejército rebelde que esperaba abajo: todo lo que Jenza había logrado reunir para este enfrentamiento final.

—Pongámonos en posición para el salto — indicó Jango, y yo lo seguí hacia atrás, subiendo un poco más por la ladera opuesta en la montaña, donde nuestro grupo de ocho Mandos con jetpacks esperaba. Tomé un momento para ajustarme el mío, mientras comprobaba mis armas y los preparativos del resto. A diferencia de los otros, mi jetpack había sido modificado: le quitaron el misil y añadieron un tanque de combustible en su lugar, otorgándome mucho más alcance que los suyos, aunque eso no importaría demasiado en esta misión.

—Deberíamos conseguirle un casco — comentó una de las Mandalorianas, una mujer con tono de piel oscura y bronceada que creí llamada Sheena o algo similar. La reconocí porque había sido

parte del grupo de Jango desde que empezó esta misión, y en varias ocasiones la había visto escapando con ellos en momentos de recreo, cuando pensaban que nadie los observaba.

Las otras compartieron su opinión, y negué con la cabeza: —No tiene sentido. Una vez terminada la misión, volveremos a Coruscant. No podré llevármelo a que lo ajusten y en uno o dos años me quedará pequeño. Mejor espero y encargó uno cuando termine de crecer la mayor parte.

—No es cuestión de practicidad, sino de— empezó uno, pero lo interrumpí.

—La tradición. Sí, lo sé. Tengo suficiente armadura, o al menos eso dice Jaster — señalé, golpeando con fuerza el pecho, haciendo que el beskar bajo mi túnica resonara. — Por ahora, con eso basta.

—Vamos, comandante, ¿no tienes una opinión? — preguntó uno de ellos a Jango.

—¡Sí, jefe! ¡No es seguro! ¡Ella puede terminar de golpear su bláster, y nosotros, allí, con nuestra mascota muerta! — exclamó otro.

Le dirigí una mirada divertida a Jango. —Sí, Jango. Por favor, comparte tu opinión.

El hombre, sin levantar la vista de su lanzallamas en la muñeca que revisaba por tercera vez desde que empezó la conversación, respondió: —Si la chica que puede devolverme sus propios disparos sin fallar cree que está bien sin casco por ahora, confiaré en su juicio.

La charla continuó, con ellos ahora burlándose de Jango por tener 'miedo a una niña'. Sonreí, en su mayor parte desconectando, mientras concentraba y centraba mi mente, preparándome mentalmente para la misión que se avecinaba.

El plan era sencillo, en realidad. Después de capturar e interrogar al Abyssin que lideraba las últimas fuerzas mercenarias, envié una solicitud a su nombre para reunirme con Ramil y discutir un plan —'el comandante' tenía uno para eliminar de una vez por todas a los Jedi y a las fuerzas rebeldes en Serenno. Él aprobó la reunión, proporcionándonos el lugar y la hora.

Luego, envié una orden secreta usando las credenciales del comandante, instruyendo a las fuerzas restantes de Abyssin a abandonar el planeta si parecía que las fuerzas rebeldes estaban a punto de avanzar contra Ramil — debían cortar sus pérdidas y huir. La razón era que no podían gastar sus créditos si estaban muertos, y Ramil ya los había jodido al no pagar por los refuerzos. Para sorpresa de nadie, aceptaron.

El primer equipo debía entrar y tratar directamente con Ramil. Esa tarea correspondía al Maestro Dooku, Jaster y los demás.

El segundo equipo estaba formado por el ejército rebelde, liderado por el Maestro Dyas. Servirían como distracción para las fuerzas terrestres del ejército de droides.

El tercer equipo—yo, Jango y nuestros mejores soldados Mandalorianos—harían una inserción en jetpack para destruir las naves de mando de los droides. No tenían una nave madre, por lo que el control de los droides recaía en un grupo de cinco naves de mando y control —cuatro, ahora que

habíamos capturado una y demostrado que apagarla cortaría la conexión de los droides con ella. Las cuatro estaban seguras, al menos, detrás de su ejército —o eso creían.

“

Esto es solo un preludio a lo que viene, si la Federación de Comercio inicia su guerra,

escala

Eso

podría

Jango se dio cuenta aproximadamente al mismo tiempo que yo, pero fue él quien habló primero: “Están completamente comprometidos. ¡Vamos, gente!”

volando

“¡Hacia abajo!” ordenó Jango, y los hombres cambiaron de rumbo bruscamente, dividiéndose en pequeños grupos dirigidos a sus objetivos individuales. Yo los seguí, acelerando delante de ellos en un descenso impulsado. Escaneé nuestros objetivos mientras la voz de Jango volvía a sonar en mi auricular: “Tanya, los barcos—”

“Los veo,” murmuré en señal de reconocimiento, levantando mi carabina y preparando una fórmula de francotirador. Fijando el objetivo, disparé mientras descendíamos — cuatro destellos de plata y blanco que alcanzaron y redujeron a chatarra a los droides que manejaban las torres en la parte superior de los barcos.

Luego, dimos vuelta y empezamos a quemar en picado con fuerza, frenando en un aterrizaje en carrera sobre los barcos. Uno de ellos era solo para mí, mientras que los otros todos se agrupaban en tríos en cada nave. Nos desplazamos casi como una sola unidad hacia el lugar donde nuestras investigaciones habían mostrado que era mejor abrir brechas para desactivar rápidamente la nave. Mientras los otros colocaban cargas de demolición en las suyas, mis sables láser flotaron de mi cinturón y se encendieron, con las hojas apuntando hacia abajo.

Mis sables láser brillaron en la oscuridad, formando dos círculos de plata y blanco que giraban alrededor de mí mientras disparaba mi carabina con una mano y con la otra sacaba y disparaba mi bláster, rociando a los droides en la sala. Los droides fueron cortados en partes brillantes y hechos pedazos por las explosiones, mientras me desplazaba lejos de mi posición inicial para reposicionarme detrás de una columna central en lo que parecía ser un puente o sala de control.

malo

“

“

“No,” frunció el ceño el Maestro Dyas. “Es—”

gran peligro

“

Algo

Desde algún lugar en la multitud, alguien gritó una palabra: “¡Tirra’Taka!”

Pánico

A lo lejos, escuché susurrar al Maestro Dyas: “Todas esas explosiones deben haberlo despertado.”

El hombre asintió, aún fijando la vista en él. “Sí.”

“

“¿Incredulidad? ¿Por qué ese Dragón?!”

“Esto

“

La gente

corriendo mucho más rápido que el hambre,

Instinto animal,

lucha, huida, arañando por la supervivencia.

Y entonces, me puse en movimiento, lanzándome hacia la gran lagarto mientras el viento aullaba a mi alrededor. Era parcialmente consciente del zumbido de los jetpacks y de la sensación de los Mandalorianos detrás de mí formando línea, pero una rápida señal de detección me indicó que los estaba dejando atrás.

Distraerlo. Hacerlo enojar y desviar su atención del ejército.

Esa rapidez felina, casi imposible, muy veloz,

ajusté mi rumbo y aceleré, colocándome justo detrás de él mientras sus alas se agitaban en el aire con cada batida. Al posarme en su espalda, me dirigí con rapidez hacia la articulación de la ala izquierda, sacando todas mis granadas, colocándolas en su sitio y configurándolas para detonación remota o para que estallasen en tres minutos. Los disparos de bláster y misiles llamaron mi atención, y el dragón alado rugió de nuevo mientras Jango y los demás se acercaban y comenzaban a acosarlo.

Aprovechando la distracción que me habían dado, me apresuré hacia la cabeza, desplazándome por el cuello con un espolón a la vez, hasta que llegué a la cresta entre sus cuernos. Mirando hacia adelante, fruncí el ceño al distinguir su objetivo: Carannia, una ciudad comparable en tamaño a Serenno, y completamente ajena a la amenaza que se cernía sobre ella. A lo lejos, vi el dirigible que había partido antes hacia esa dirección.

Extiendo mis sentidos, filtrando cuidadosamente la información, y percibí las presencias familiares de los Maestros Dooku y Qui-Gon, junto con Jaster, Obi y Satine a bordo, además de otros menos conocidos pero que creía ser el Maestro Kostana y Jenza, y varios que no reconocía en absoluto.

No puedo dejar que llegue a la ciudad, ni que distraiga al Maestro Dooku y a los demás de lo que estén haciendo.

Después de meditar unos momentos, asentí y descendí hasta la base de su cuello. Sujutando uno de los espolones con una mano, con la otra saqué mi sable de luz y lo encendí. La hoja blanca plateada cortó la carne, pero no penetró como esperaba. "Tch, resistente a la plasma."

Eso estaba bien. Tengo una respuesta para eso.

Sonriendo, creé un filo de magia sobre el sable y lo clavé de nuevo. La carne y la sangre salpicaron al chocar, atravesando la piel escamosa y negra del exterior. Una explosión detrás de mí indicó la detonación de mis granadas, y la criatura alada abruptamente cambió de dirección, cayendo fuera del cielo hacia puerto. Pero dudaba que una mala caída la matara, y sin duda seguiría siendo peligrosa para la ciudad y todo lo que la rodeaba si no se detenía aquí y ahora.

La hoja penetró y alcanzó la espina dorsal, deslizando a través de la abertura que había tomado como objetivo. Con un esfuerzo y un grito, arranqué el sable, cortando todo lo que pude alcanzar. La criatura quedó inmóvil, y sentí su dolor y su miedo al caer —aún no muerta, pero agonizando por una decapitación interna.

Desactivando mi sable, me aparté y tomé vuelo, alejándome con cuidado mientras ella golpeaba el suelo, rodando en un atroz revoltijo. Quedé suspendido allí, respirando con cansancio, absorbiendo el momento por un instante.

El droide del ejército enemigo fue destruido. Los mercenarios de Abyssin huyeron, con su moral por los suelos, expulsados del planeta mediante un engaño. Una amenaza antigua y enorme, como una criatura fantástica que cobró vida y fue retorcida en la locura por algún Sith del pasado, usando el lado oscuro, salvándose por poco para evitar la destrucción de una ciudad. Y yo había sido un factor contribuyente en todo eso, si no el decisivo, en el caso de aquello... ¿cómo le habían llamado los nativos? ¿Tirratoka?

La victoria se sentía bien, pero por más que lo pareciese, me encontraba exhausto.

¿Por qué estoy tan cansado?

Alguien me impactó a gran velocidad, quitándome el aire y ralentizando nuestro descenso cuando tocamos tierra. Un instante después, Jango me colocó en el suelo, y me desplomé de espaldas,

cerrando los ojos con un suspiro. Los otros Mandos aterrizaron a nuestro alrededor, y sentí que vigilaban con cautela al lagarto moribundo.

“Olvidaste tu jetpack.”

“¿Eh?” musité, antes de que la comprensión llegara, y solté una carcajada. “Supongo que sí.”

“Entonces, ¿cómo lo lograste? ¿Volar sin mochila?” Abrí la boca, pero me cortó con una advertencia. “Si dices ‘matemáticas’, te pateo.”

“Matemáticas.”

“Deberíamos volver con el ejército y avisarles que ya está neutralizado,” alguien habló desde cerca.

Un tamaño enorme justo allí.

“”

“”

Jango meditó por un momento antes de asentir. “¿Necesitas ayuda con el transporte?”

Miré dentro de mí mismo, evaluando mis reservas en relación con el esfuerzo realizado contra el dragón. Verifiqué la distancia a nuestro objetivo y hice los cálculos, asentí. “Debería estar bien. Es un vuelo corto.”

“Perfecto. ¡Vamos, muchachos!” ordenó Jango, y despegamos, dividiéndonos en tres grupos para llegar a nuestros objetivos individuales.

“Seguir viéndolo sigue siendo extraño,” comentó el tercer miembro del equipo de Jango, lanzando ocasionalmente una mirada hacia mí mientras volábamos en formación.

La respuesta de Jango fue breve y despectiva, con la intención de devolverlos a la misión. “Cosas de Jedi, no te preocupes.”

“Entendido.”

Mientras volábamos, fruncí el ceño al darme cuenta de que estaba usando mucho más la Fuerza de lo que debería—¿o tal vez tenía menos para emplear? Estudié lo que ocurría dentro de mí antes de llegar a una conclusión.

No, me falta algo. La emoción, creo. ¿Qué decía el Maestro Kostana? Para un usuario de la Fuerza, las emociones son una llama abierta, y la Fuerza es combustible de grado naval. Estaba funcionando solo con emoción e instinto cuando la activé. La primera vez que logré que funcionara, fue igual. Entonces... ¿qué emociones puedo alimentarla? Si, como ella afirmó, las emociones negativas son potencialmente dañinas, ¿por qué no las positivas también?

Soy tanto un Zeltron como lo bastante consciente de mí misma para entender mis propios sentimientos... en la mayor parte del tiempo. Debería ser algo natural para mí.

Pero no lo era.

actuando sin piedad

demasiado suficiente así

“

“¡No voy a jugar! ¡Alguien hace un solo movimiento—” Caí suavemente sobre la cubierta detrás de él y desenvainé mi bláster, una fórmula de puntería que me permitía ajustar el ángulo perfecto para acabar con él sin herir a nadie del otro lado.

Disparé.

rápidamente detrás de ellos

incidente

pausé mientras todos los que no formaban parte del grupo con el que llegué en la nave miraban, observando entre mí y el cuerpo decapitado con el cuello todavía humeante. Como suele suceder con las heridas causadas por blásters, la cauterización falló y empezó a sangrar abundantemente por toda la cubierta.

“...¿Perdí de vista algo?”

Definitivamente aplastado.

“

Pero entonces, de manera inesperada, su atención se dirigió hacia mí.

No pude evitarlo. Las comisuras de mi boca se curvaron en una media sonrisa cansada. “Estoy bien, Obi, en serio.”

Sentí

“¿Decidido? ¿En el momento preciso? ¿Incluso heroico?”

“Idiota,” se quejó la chica.

“Qué agradable saber que te importa,” reprimí una risa cansada. Satine puso los ojos en blanco.

“Si terminas de flirtear—”

“no

“Me gustaría encontrar una ducha. Creo que tengo pedazos de cerebro en el cabello. No quiero saber lo difícil que será sacarlos.”

Una molestia.

“

“Sí.”

“Interesante~”

Lo medité un momento antes de encoger los hombros. “Quizá.”

La expresión horrificada de Obi al vernos subir a la nave valió más que las manchas.